

Hugo Biagini y el filosofar en la América Latina

Álvaro B. Márquez-Fernández

“Mientras que por un lado se le confiere a la utopía el papel de profeta de la alteridad absoluta y la comunidad perfecta, por otro se la constriñe a anunciar ideales menos remotos que sirvan para reducir conflictos y desigualdades, creando condiciones para la reforma social. Pese a las inmensas diferencias, sea que sólo tomemos a la utopía bajo el mirage revolucionario, sea que veamos únicamente en ella el correlato de la disidencia, los prolongados fracasos que siembran el camino hacia un orden de cosas más justos y equitativo no llegan a borrar los inconmensurables adelantos que han inspirado el pensamiento y la prácticas utópicas.”

“Frente al auge de la Realpolitik, la apelación utópica permite afirmar ciertas metas que resultan sostenibles y respetables más allá de la coyuntura actual. A pretensiones como la neoconservadora –de acabar con la utopía o erigirse en su única expresión verdadera–, se le contraponen hoy una prédica pluralista que excede lo estrictamente partidario en la contienda social y en los espacios de poder para dar cabida a formas de autogestión, a acotadas experiencias libertarias y a diversos socialismos posibles.”

“En síntesis, la mejor variante para acceder al plexo mismo de la utopía consiste en tomar por el atajo metafórico y decir de ella, junto con Joan Manuel Serrat, que representa esa “cabalgadura/que nos vuelve gigantes en miniatura” (Biagini, Hugo: Utopías juveniles. De la bohemia al Che. Leviatán, Argentina, 2000. pp. 16-17)

"En cuanto al significado puntual de los movimientos y las oleadas estudiantiles en el mundo, sobresalen algunos estudios como los que emprendieron Lewis Feuer y Orlando Albornoz al finalizar los sesenta. El primero de ellos, con polémica taxonomía, ha subrayado la relevancia histórica del conflicto intergeneracional, al punto de elevarlo a una Ley Universal. A diferencia de la lucha de clases, la contienda entre las generaciones, que deriva de profundas causas inconscientes, posee un valor constante. Cada generación tomada en un sentido político-cultural, nuclea a quienes tienen experiencias comunes, las mismas esperanzas y desilusiones. Los movimientos estudiantiles encarnan por antonomasia dicha conflictividad -filiarquía versus gerontocracia-, ostentando el más generoso altruismo junto a una elevada conciencia y solidaridad generacional. Emergiendo por doquier como el último foro libre de la humanidad, aquellos han salido a sostener gobiernos constitucionales o han promovido revoluciones sociales y derrocamientos de dictaduras. Movidos por el impulso contra el orden establecido, todo movimiento estudiantil, que comienza como movimiento universitario, que comienza como círculo de estudios antes de pasar a la acción, busca mantener una permanente actualización doctrinaria, produciéndose una curiosa convergencia de la bibliografía a la cual recurre el alumno de todas partes." (Ibid., pp. 25-26)

- *Dr. Biagini, en su reciente visita a Maracaibo (Venezuela) usted disertó en la Universidad del Zulia, en el Museo de Arte Contemporáneo y en la Universidad Católica Cecilio Acosta, sobre la globalización, la universidad y la juventud. Usted ha pergeñado un encendido discurso crítico en torno a los desafueros de la globalización, apostando, por el contrario, a favor de las inmensas potencialidades transformadoras de las universidades latinoamericanas y las utopías que deben alentar a sus juventudes. ¿De qué mecanismos deben valerse nuestras universidades, sin necesidad de enfrentar al Estado, para lograr sus objetivos?*

Tenía mucha inquietud por conocer Maracaibo y ver cómo se sigue prolongando allí la causa latinoamericanista que, impulsada por Rodó al filo de Novecientos, fue revigorizada en esa tierra distante cuando se lanzó la primera revista bajo el nombre de *Ariel* con el cual se rebautizarían tantos otros voceros culturales y políticos comprometidos a lo largo del continente. Pude así acercarme a quienes, como los que pilotean este suplemento, no sólo mantienen aquellos ideales de unión y fraternidad entre nuestros pueblos sino que además retoman los propósitos del viejo maestro uruguayo cuando tejó una red intelectual que se multiplicaría con otros proyectos epocales y nuevos recursos técnicos hasta reapropiarse

como hacen ustedes del mentado proceso de globalización y trastocar los estereotipos de la modernización conservadora sobre el progreso perpetuo y el colapso del pensamiento alternativo. Algo similar intentamos nosotros desde el Sur-Sur con la creación de espacios vinculares como el *Corredor de las Ideas*, basado en la necesidad de replantear nuestro lugar en el mundo desde la postura principista de la identidad y los derechos humanos.

En cuanto al papel de la universidad, el mismo no puede ser hoy como en tiempos oscuros meramente reproductor, al servicio del privilegio, sino que debe asumir su rol propositivo de punta, cuando el conocimiento representa como nunca una carta decisiva, y cumplimentar la concepción original de la universidad aportada por el movimiento reformista en la Córdoba argentina de un ya lejano 1918, en tanto síntesis superior de los dos paradigmas en pugna -el profesional y el científico- que añade a su vez los contenidos fundamentales de la crítica social y la defensa de los sectores populares. Por más que le pese a los factores de poder o a la intelligentsia domesticada que embiste toda intención utópica, la universidad latinoamericana tiene que despertar de su enclaustramiento, como cuando surgió dicho movimiento, para enfrentarse a un modelo elitista y excluyente, orientar ética e intelectualmente a nuestras naciones y sociedades desprotegidas; en definitiva, contribuir a aliviar los problemas de la gente y el hábitat hasta erigirse en una auténtica casa de la esperanza para el desarrollo integral y equitativo. De ahí tal vez lo del verbo encendido que me atribuyen cordialmente.

- *¿Qué nuevos escenarios culturales y políticos considera usted que pueda traer el nuevo milenio para el desarrollo de la filosofía latinoamericana?*

Más allá de las profecías novomilenarias, el mayor desafío que presenta el siglo XXI consiste en la urgencia por reactualizar las grandes propuestas humanistas para mejorar el mundo, abandonadas por muchos gobiernos declaradamente avanzados y por la supremacía neoliberal que ha restaurado como verdades inapelables los más anacrónicos planteamientos y *modus operandi*, a la luz de la crisis ideológica experimentada por el socialismo. Así como reivindicamos la plataforma reformista para el ámbito universitario, apelamos al filosofar latinoamericano junto con su clave reflexiva: la cuestión comunitaria, el perfil antropocéntrico. Me refiero a un modo interpretativo que se ha ido apartando de pretendidos neutralismos frente a la conflictividad humana o a perdurables estructuras de dominio, para encaminarse a incrementar los grados de conciencia y realización, a desmitificar el carácter imperativo de la cultura occiden-

tal, a promover un pensamiento abierto que respete la alteridad y avizore situaciones sin fuertes sojuzgamientos y polarizaciones, a exhibir una actitud menos pasiva y más anticipatoria que ha atraído a connotados filósofos nordatlánticos en procura de una nueva cosmovisión sin posiciones recurrentes, negativistas o *lights*. Evoquemos los tres rasgos primordiales que nuestro inolvidable amigo Alain Guy le adjudicaba a la filosofía latinoamericana: su gusto por la vida, su inclinación estética y su amor apasionado por la libertad.

- *Hemos heredado de la Modernidad un mundo globalizado por el dominio tecnológico, sin embargo cada vez más inhumano: disolución del 'sujeto', aserción del objeto. ¿Será el "eclipse de la razón", el acta de nacimiento de la postmodernidad escéptica?*

No es el supuesto primado tecnológico el responsable de la deshumanización y la depredación de la naturaleza sino un sistema de explotación que tiende a propiciar la moral de los gladiadores, la antropología de la rapacidad y el evangelio de la fortuna. Si bien no cabe demonizar la tecnificación, sin precipitarse en posturas reaccionarias e irracionales, cabe estar alerta frente a la mentalidad tecnocrática que desde sus orígenes casi remotos en Francis Bacon, uno de los principales teóricos del naciente espíritu capitalista, viene insistiendo en que sólo una producción irrestricta resolverá todas las desgracias y penurias, haciendo caso omiso de que difícilmente puedan efectuarse sustanciales cambios económicos sin la tenencia del poder, sin las correlativas modificaciones socio-políticas que favorezcan por ejemplo la distribución de la renta.

Por otro lado, es cierto que la óptica posmoderna arrastra una alta dosis de pesimismo y ambigüedad, muchas veces paralizante, próxima al culto narcisista o legitimadora del *establishment*, pero tampoco puede desconocerse su importancia en el análisis cultural, en la demolición de los sujetos absolutos y las versiones blindadas de la historia como las de un autor deplorablemente célebre, Francis Fukuyama, donde hasta el propio Holocausto sólo constituye un simple motivo de discontinuidad en el sostenido sendero evolutivo. Puede incluso hablarse de una posmodernidad afirmativa que alienta la resistencia a través de agrupaciones como las ecológicas y pacifistas, por más que debemos complementar el aporte de los movimientos emergentes con un rescate crítico de las doctrinas ensambladoras que han permitido concebir un ordenamiento no enajenante de validez universal, cuya instrumentación sigue siendo una asignatura pendiente, contrarrestada por quienes desde el unicato ideológico pretenden acabar con las utopías.

- *Entonces, ¿cuál es el porvenir de la humanidad?*

Sin caer en el extremoso recaudo nominalista de objetar entidades abstractas como la de humanidad, para admitir sólo la existencia de seres individuales, podríamos rehabilitar en parte al mismo Bacon, cuando adujo que el tiempo constituye el máximo innovador. Por ende, tendríamos que hasta ahora ningún régimen, por más triunfante y despótico que fuera, ha logrado permanecer a costa de la especie humana. Como he procurado ilustrar en mi libro sobre los finales de siglo, el nuestro se asemeja bastante al del XIX, por el lastre conservador que clausura la historia y las salidas rupturales, decretando al *laissez faire* y al maquinismo como la única dirección factible. Empero, la crisis del gradualismo, el crecimiento de las organizaciones populares, el auge revolucionario, el surgimiento del Estado providente y la brega por la descolonización torcieron esas cándidas expectativas en favor de un orden más inclusivo. El tema no es sólo si subsistiremos físicamente, lo cual sigue representando una triste realidad para buena parte de nuestros congéneres, sino qué condiciones de vida llegaremos a sustentar. La lucha entablada por la globalización de las ganancias y de los derechos del hombre, a través de frentes multisectoriales y pluralistas, tiene entonces la última palabra en esa materia, todo lo cual nos permitiría acceder a un orden planetario más acorde con las identidades culturales y sociales.

- *Sus investigaciones sobre la historia de las ideas en la América Latina, lo ha llevado a formular la tesis del "juvenilismo" como ideología progresiva y libertaria, muy presente en el ideario de nuestros filósofos. ¿En qué consiste la 'praxis' de esa 'ideología'?*

Les agradezco el asignarme esa recuperación del juvenilismo, una creencia según la cual les toca a los jóvenes asumirse como transformadores sociales y portadores de utopía; un ideario que ha impregnado a los movimientos estudiantiles en diferentes períodos. Por lo demás, si bien cabe despojarse de resabios mesiánicos o sacrificiales e incorporar otras aproximaciones para dilucidar la compleja dinámica de tales movimientos, no hay que limitar su alcance y prescindir de elementos desestructurantes o antideterministas como las fuerzas morales o la potencialidad supraclásista de la juventud. Sólo debemos colocarnos apenas un peldaño por encima de los significativos planteos que anteponen las pautas diferenciales y acentúan el marco distintivo dentro del vasto conglomerado juvenil, según las épocas, las diversas culturas, los estratos sociales, los desenvolvimientos nacionales o las divisiones cronológicas que restringen la juventud al simple paso de una edad a otra y hacen caso

omiso de esa definición tan *nuestramericana* del joven como aquél que combate la injusticia en pro de los desposeídos. Una impronta que no se ha logrado sofocar ni aun en esta era de egocentrismos y desencantos como lo revela el propio panorama mundial en muy diversos aspectos. La estrecha afinidad entre el utopismo y la juventud presupone una serie de atributos que suelen vincularse con dicha etapa existencial. Más allá de que los jóvenes coincidan con sus mayores en distintas circunstancias, de los rasgos ambivalentes que se traduce en su comportamiento, de la casuística mundial ocasionalmente adversa, sobresale la idiosincrasia de las barreras generacionales. En ese talante relativamente singular aparecen ciertas constantes como el inconformismo, la rebeldía, el desprendimiento, la preferencia por la acción, el jugarse con osadía y, sobre todo, la tendencia a reformar la sociedad. La historia contemporánea no deja de ser reflejo de ello.

¿En qué consiste el proyecto de El Corredor de las Ideas del Cono Sur?

Como tantas otras asociaciones, posee una serie de aspectos operativos. En nuestro caso, impulsar los estudios sobre pensamiento y cultura latinoamericanos, la creación de diferentes redes y grupos de trabajo, etc. Simultáneamente, hemos acordado que tales propósitos se dirijan a repensar nuestra propia integración regional desde tres principios inexcusables: democracia, identidad y derechos humanos.

Una integración que no sólo denote, como en la modernización conservadora, unificación aduanera, *Realpolitik* e irrestricto alineamiento con los poderes mundiales. Una estrategia de integración más humanista, con justicia social y democracias participativas, incorruptas e incondicionadas. Se trata en verdad de un programa, el de las grandes patrias latinoamericanas, que ha insumido tantos desvelos generacionales y cuenta con un peso histórico mucho mayor que los convenios cuasi artificiales que dieron lugar a otros megabloques como el Nafta y la misma Comunidad Europea.

Nos sumamos por lo tanto a quienes, desde distintas posiciones, luchan —como pregonaba Alfredo Zitarrosa— por un mismo camino para el que viene y para el que va; frente a una concepción donde el hombre sólo resulta un *lobby* para el hombre, donde impera el Estado de Malestar y el gobierno de Robin Hood; frente a una recolonización del orbe mediante endeudamiento astronómicos, manipulación de la información y domesticación de intelectuales o universitarios, que llegan al punto de asegurarnos que la racionalidad no puede darse fuera de un sostenido tabú al cual la propia *intelligentzia* se la ha pasado cuestionando: el espíritu capitalista.

Ante el aplastamiento que amenaza a las legítimas culturas locales y como una fórmula positiva para la integración, postulamos el innovador concepto de identidad que, con la idea de unidad en la diversidad, ha superado nociones autoritarias o discriminatorias –como las del ser o el carácter nacional- para convertirse en el gran proyecto civilizatorio-, según lo plantea el sociólogo mexicano Pablo González Casanova. La identidad, concebida como un proceso de afirmación individual y colectiva, viene a mixturarse con la utopía, en tanto ambas aspiran a modificar el llamado orden existente o establecido por considerarlo fuente de desorden e iniquidad. Reivindicar la disposición de un pensamiento utópico enraizado para desmitificar sistemas opresivos, nos permite medirnos con las versiones deterministas que, a diestra y a siniestra, le confieren una fuerza magnética irreversible a las oscilaciones bursátiles, a la concentración y transnacionalización financiera, a la desregulación y a las privatizaciones, el ajuste a los carenciados, o al temple consumista. Enfrentarnos al triunfalismo occidental que, bajo la crisis de las ideologías y paradigmas, exhuma el viejo discurso eurocéntrico para denostar la aptitud cultural de los pueblos meridionales. Al realismo periférico neoliberal le contraponemos su máximo presupuesto: la misma realidad, que nos indica que los países que han avanzado en medio de la globalización son los que han mantenido su propia identidad, sus recursos naturales y su mercado interno. Procuramos neutralizar la probabilidad de concluir inmersos en un mundo de distopía y pesadilla en un ordenamiento tecnocrático rígidamente dividido entre una aristocracia altamente calificada y una creciente masa de desahuciados –según lo insinuó otrora Kurt Vonnegut en una novela futurista.

Podríamos coincidir así con decisivas expresiones como las que mantuvo Eric Hobsbawm en una disertación que pronunció recientemente en la Cancillería chilena: “se está perdiendo la fe de que los hombres son capaces de solucionar sus problemas y de que a veces los han solucionado. La locura de la ideología neoliberal y el abandono del proyecto de cambiar el mundo por la mayoría de los gobiernos de la izquierda actual, ambos me parecen igualmente síntomas de tal pesimismo intelectual (...) la tarea más urgente frente al nuevo milenio es que los hombres y las mujeres vuelvan a los grandes proyectos de edificar una sociedad mejor, más justa, más viable (...) Hay que volver a las grandes experiencias de los grandes proyectos. No se consigue nada sin eso.”

Hace falta puntualizar que entre las experiencias y tradiciones que nos compete rescatar a nosotros, los sudamericanos, para la urdimbre de nuevas utopías, figuran matizadamente desde el bolivarianismo al modernismo martiano, desde el nacionalismo continental al movimiento de la Reforma Universitaria, desde la ensayística a la literatura ficcional, desde los planteamientos liberacionistas a la filosofía intercultural? Una

magna tarea de reconstrucción que involucra no sólo a los letrados sino muy especialmente a los frentes y partidos populares, a las organizaciones civiles autogestionarias y a la misma sensibilidad oficial; en definitiva, a todos aquellos que se niegan a percibir la dominación, la miseria, la desigualdad y los padecimientos planetarios como si formaran parte de un fenómeno ínsito en la esencia de las cosas. Una faena recuperatoria que precisamente no fue omitida en nuestra declaración liminar del *Corredor de las Ideas* ni en nuestro propio accionar, cuando homenajeadó al maestro Ardao o cuando decidimos presentar en este generoso espacio un relevante estudio sobre el otro gran Arturo, Andrés Roig –quienes no sólo han renovado la historia de nuestras ideas en su dimensión académica sino que también la han propuesto como la herramienta para incentivar la conciencia nacional y las realizaciones sociales.

En suma, nos convoca la posibilidad de incidir en nuestro propio ámbito laboral, el de la universidad, para que ésta trascienda la neutralidad cientificista en la cual subyace –como si efectivamente se hubiera alcanzado el fin de los antagonismos y el reino de los cielos-, asuma su gravitante papel dentro del MERCOSUR del conocimiento y en la orientación de sociedades tan desprotegidas como las nuestras, hasta transformarse en una genuina casa de la esperanza para el desarrollo integral alternativo.